

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

En los años aquellos que -según nos cuentan ahora -eran de las vacas gordas, si hablabas con un editor a comienzos del otoño te sacaba en seguida la feria de Fráncfort. El que se iba a la feria era él, por supuesto, porque el destino manifiesto del hombre de pluma está en echar culo delante de la máquina de escribir hasta alcanzar ese mínimo de doscientos folios que, nadie sabe por qué, los editores suelen considerar como indispensable para configurar una novela. O sea, que no me vaya a traer usted una cosita delgaducha como la *Sinfonía Pastoral* de Gide o *El extranjero*, de Camus, nada del *Pascual Duarte* o el *Lazarillo de Tormes*.

Ahora, la «Liber 83» de la madrileña Casa de Campo quiere adelantarse a la cita bibliográfica de los alemanes. Por allí andaba el cumbreño símbolo de los leoneses de «Everest». Pero nada (o yo no le he sabido encontrar) de la Excelentísima Diputación, y poco de los autonomistas que nos rigen desde Valladolid.

Menos mal que la «Caixa», como ahora llaman algunos a las Cajas de Ahorros aunque sean de León o de Orense, apareció por los salones de la Biblioteca Nacional a presentar su muestrario de temporada.

Hipólito Escolar inició el acto con unas palabras bien dichas, a las que siguió una clara lección de Manuel Carrión, que si hoy ocupa la subdirección de la Nacional, otrora fue compañero de los poetas leoneses en hermosas fraternidades con los ferroviarios de Venta de Baños...

Julián de León -que parece un bonito seudónimo- remató el acto como presidente del Monte, y este sí que es un título con solera propia. Para llegar al momento actual y a la feliz realidad de una treintena de volúmenes -«Fuentes y Estudios de Historia Leonesa»-, evocó el nacimiento de la Institución con un capital de siete mil y pico de pesetas. O sea, que el Monte de Piedad lo hubiera podido fundar yo mismo con el dinero que esta tarde tuve que echarme al bolsillo, sabiendo que tenía que pasarme por la peluquería y el callista, más un piquillo para no exasperar al que venga a atracarte.

Naturalmente, hubiera sido faltar al decoro que se espera de un antiguo reino la ausencia de vinos y tentempiés. Húbolos, y mucho calor de convivencia, como

acaso se haya contado en las informaciones de este mismo periódico, puesto que Manolo Valdés andaba por los lugares. Me tienta la idea de empezar a soltar nombres de las artes, de la política, de la milicia y de la iglesia; y por supuesto, de las Altas Finanzas, una expresión que nadie debe escribir sin el alto copete de las mayúsculas... Pero prefiero el comedimiento que leí en una lápida de Noruega, donde en vez de liarse con toda la nómina de sus héroes se sentencia que «Nadie citado, nadie olvidado».

Así fue de animada esta tarde de la cultura leonesa en la casi tórrida «rentrée» madrileña, y eso que a la misma hora había copeo y emparedados en el encuentro hispano-israelí, en dos o tres inauguraciones de exposición pictórica, en las correspondientes presentaciones de libros y en alguna casa regional con versos al Santo Patrón de la tierra.

Lo de la pluma no dará para vivir, pero pueda dar para cenar si uno se acostumbra a hacerlo de pie.